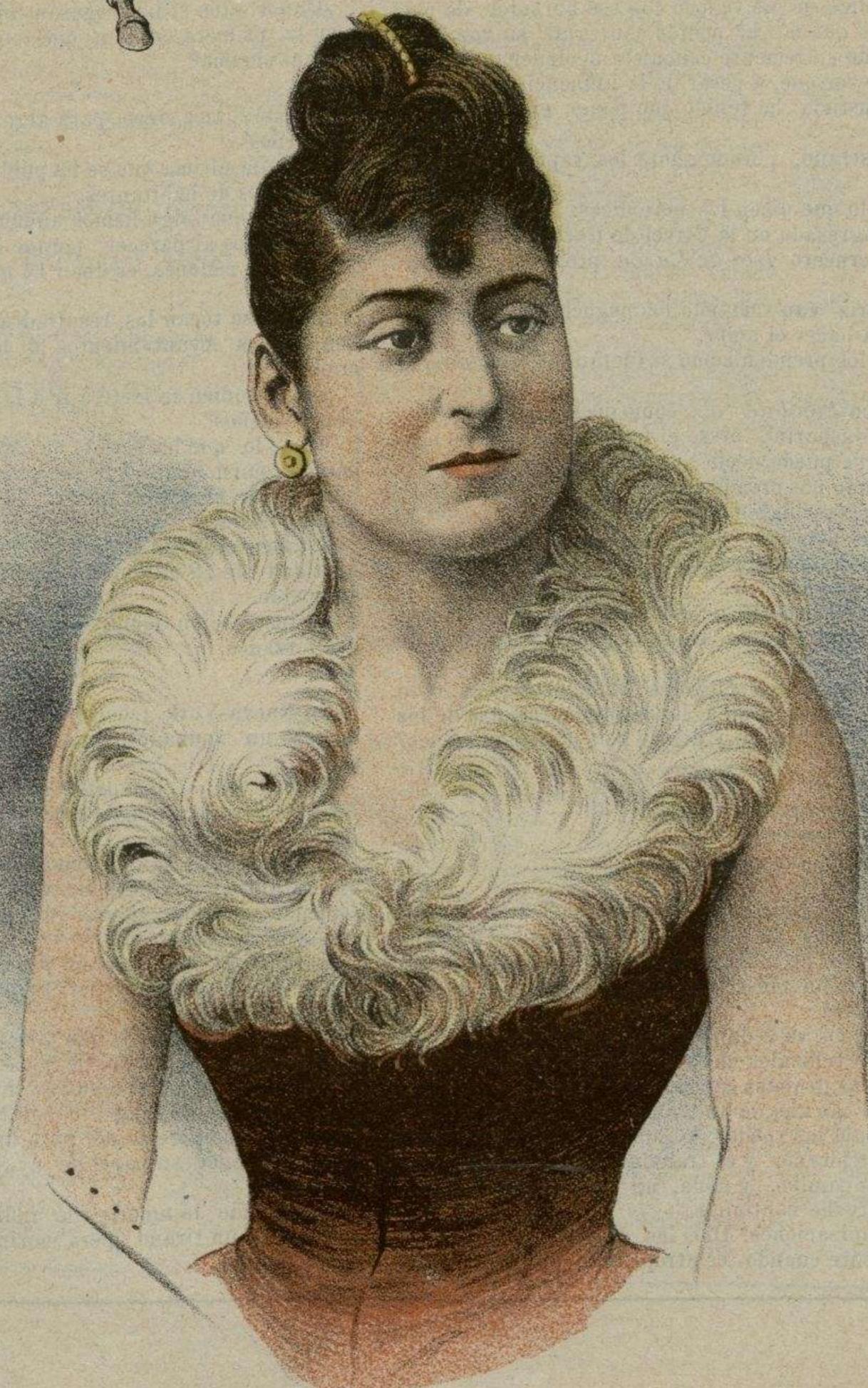


Precio 15 céntimos



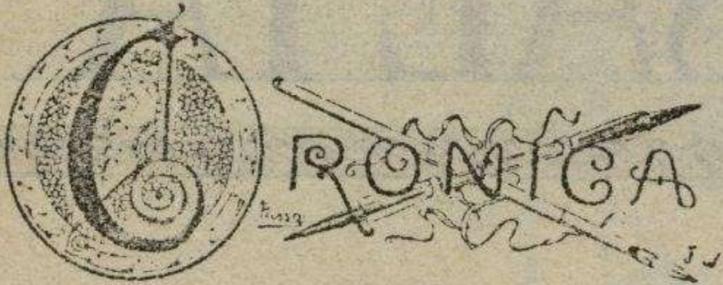
Sta Eulalia Buróal

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Volvamos á Gasparini.

Ha sido puesto en libertad y de nuevo ha aparecido en las tablas en Mahón, donde recibe ovaciones á granel en calidad de Juan Tenorio.

El público se vuelve loco con ese burlador de mujeres, y lo que no ha podido conseguir su voz lo ha conseguido su reciente conquista madrileña.

Parece ser que, á pesar de la influencia de Menelao, la justicia ha tenido que poner en libertad al tenorino.

Y es extraño, porque ahora los raptores lo pasan mal.

Véase lo que dicen los periódicos:

«Ha ingresado en la carcel de Cartagena el fogonero del crucero *Isla de Luzón* procesado por raptor.»

Mal cariz van tomando los negocios de los que se dedican á hacer el amor.

Ahora los prenden como si fueran miserios blasfemos.

—¡Ni en *Ingalaterra!*... como decía el chulo.

Preso Gasparini, preso el fogonero, ahora es ocasión de que pueda decir Nasvidal:

—¿Dónde nos prenden hoy?

Porque Nasvidal nos va á resultar un *rapator* el día menos pensado, y le vamos á ver huir con la *Pubilla* por esos mundos de Dios con gran descontento de *Don Jaume*.

Con tanto Tenorio, no sabemos cómo hay princesa altiva ó pescadora en ruin barca que esté libre de asechanzas.

Ahora que hay compañías de seguros para todo ¿por qué no aseguran á las mujeres casadas de los Gasparinis, fogoneros y demás personas inflamables?

* * *

*Chunga, rechunga,
Massachussets,
¡ay! qué sandunga
tiene...*

el tribunal de Bostón que ha condenado á la compañía de tranvías de Lowells (Massachussets) á pagar 12.500 duros de indemnización á un individuo que perdió un pié á consecuencia de haberse caído de un coche tranvía.

Ese pié nos va á dar pié para hablar de las Compañías de vehículos que existen en Barcelona, Madrid y otras grandes capitales españolas.

Aquí se cae uno de un tranvía al subir ó bajar, va á parar bajo las ruedas, le guillotinan la cabeza ó le parten las piernas, y el tranvía continúa tranquilamente su camino, y nada, un transeunte muerto, puede el coche continuar.

¿Indemnizaciones? Dios las dé.

Solamente cuando es atropellado un juez, como

sucedió en Madrid, se piden ochenta mil duros de depósito á la compañía para responder de las resultas.

Pero no todos somos jueces, y el que cae bajo las ruedas, puede decirse que se ha aviado.

¿No es hora ya de dictar una ley sobre indemnizaciones?

Eso haría que mirasen las compañías un poco más por la vida de los ciudadanos.

Pero ¡ay! demasiado sabemos que eso es pedir gollerías y hemos de resignarnos.

Es más ¡hasta nos pesa haber hablado del asunto!

¿Quién sabe si nos cogerán ojeriza los cocheros y en la primera ocasión que tengan nos echen una central encima?

* * *

La estadística sirve para algo ¡Hasta para avergonzarnos!

Según la última que se ha publicado, España tiene 17 millones de habitantes.

Vamos, que algo hemos aumentado al parecer.

Y decimos al parecer, porque de esos 17 millones hay 12 de melones, es decir 12 que no saben leer ni escribir.

Ahora se tocan los resultados del trato cariñoso que dan los Ayuntamientos á los maestros de escuela.

¡Claro! ¿quién se mete á ir á la escuela en los pueblos pequeños?

Véase lo que ha pasado en Mazarrón. El alcalde mandó comisionados á la escuela pública, cuales comisionados arrojaron por el balcón sillas, mesas, mapas, libros y cuanto encontraron en el edificio.

Estamos seguros de que ese alcalde desea que esa cantidad de 12 millones aumente con los chicos de su pueblo.

La instrucción debiera ser forzosa y ciertos alcaldes forzados.

* * *

En Nueva-York (¿bola va?) acaba de morir de hambre un ayunador. Quien ama el peligro en él perece.

Llamábase el competidor de Succi y Merlatti, Enrique Strattón, y había apostado que ayunaría setenta días seguidos.

Se arregló un salón como para la exhibición de una girafa ó de una serpiente de cascabel, y Strattón comenzó su ayuno, siendo visitado á diario por los aficionados á tomar el *vermouth* con la vista.

Durante 37 días Strattón sostuvo bien su papel de maestro de escuela español, pero al llegar al 38 sintió desvanecimiento.

El médico aconsejóle que tomase de vez en cuando un traguete de champagne, y así lo hizo la víctima.

Pero los tragos del espumoso menudearon y se pasó tres días en una papalina sin lastre.

Por último pereció de puro bruto, es decir, por querer sostener su papel de ayunador. ¡Vanidad de vanidades!

Comprendo la muerte de indigestión porque el apetito es un tirano ¡pero morir de hambre por propio gusto!...

Eso no se ve más que en el país de las bolas: en los Estados Unidos.

¡Y pensar que los conservadores han estado á punto de morir como Strattón si no los llaman en Julio del año pasado!...

¡Nos horripila el pensar al estado en que á estas fechas estarían los mequetrefes de *La Dinastia!*

En los puros huesos.

Ahora es ocasión de dar un bombo al señor Antunez, gobernador que fué de Barcelona y de quien nadie se acuerda.

En la actualidad hace una vida modestísima en Madrid, pues no tiene bienes de fortuna, y mientras fué gobernador solo percibió el sueldo escueto.

Y sin embargo, le ofrecieron ciento veinte mil duros si hubiese dejado jugar durante el periodo de la Exposición.

En su tiempo no había gente maleante por las calles y no se abrió una sola casa de juego.

Fué de los gobernadores buenos que ha tenido Barcelona.

Hoy nadie se acuerda de él.

Yo que soy amigo de hacer justicia le quiero tributar precisamente ahora este recuerdo.

Y cuidado que no puede ser más imparcial y espontáneo, porque en mi vida hablé por nada ni para nada con el Sr. Antunez.

ELIDAN.

SOLTERO, CASADO Y VIUDO

I.

¡Ten piedad de mí, Dios mío,
que en tu bondad solo espero!

No hay como vivir soltero
para morir de hastío.

En mi triste situación
no hay quien me cuide ni atienda.

¡Ya no me queda una prenda
que no le falte un botón!

Con mi patrona no hay modo
de entenderse. ¡Qué leona!

En fin, *es una patrona;*
con esto está dicho todo.

No sé lo que es bienestar:

Huérfano de todo amor,
suspiro por el calor
dulcísimo del hogar.

¿Qué hago solo, Dios bendito...?

¡Morirme! Más que el comer
necesito una mujer...

¡Vaya si la necesito!

La cosa salta á la vista:

¡Quién no se casa es un bolo...!

¡Esta vida de *hombre solo*
no hay hombre que la resista!

II.

¡Ten piedad de mí, Dios mío,
que ya estoy desesperado!

No hay como vivir casado
para morir de hastío.

Mi esposa es un embeleso
que olvida sus atenciones.

¡Llevo rotos los calzones
y descosido el chaleco!

¡Mi suegra vive conmigo!
No hay pena que no me aflija,
y entre la madre y la hija

estoy dado al enemigo.

Ya los chiquillos rechazo,
pues cada año tengo uno
y no le veo á ninguno
el pan debajo del brazo.

Con mil pesetas de *haber*
cuento y son seis los retoños...
¡Y aun quiere ponerse moños
la tonta de mi mujer!

Como el cielo no me asista
me suicido, y despachado.
¡La vida de hombre casado
no hay hombre que la resista!

III.

¡Ten piedad de mí, Dios mío,
pues ya de mi calma dudo,
¡No hay como quedarse viudo
para morir de hastío!

El amor rompió sus redes
y al cabo murió mi esposa.

¡La pobre, *tan hacendosa...*
como ya les dije á ustedes!

Tras siete años de casado
verme solo es gran pesar.

No me puedo conformar.
¡Estoy mal acostumbrado!

Para que no me taladre
la pena, cuando murió
mi señora, me dejó
á los chicos y á la madre.

En vano vivir espero
siendo tan triste mi estado,
que en ga-tos sigo casado
y en privaciones soltero.

¡Mi razón salta á la vista,
y á tí, Dios piadoso, acudo!

¡La vida del hombre viudo
no hay hombre que la resista!

Los tres se quejan: Ya ves,
lector, la vida lo que es,
y si buscas mi opinión
sobre quién tiene razón
te confieso que *los tres.*

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LA CÓMICO-MANÍA

—Ea, ya está hecho el teatrillo... ¿Les parece á ustedes que está bien en esta sala?

—No me conformo; esta sala es chica.

—No, que es grande.

—Da al Norte.

—Cá, al Sur.

—Pues mire usted, si por algo me gusta esta sala es porque, según mi leal saber y entender, da al Oriente.

—¡Por Dios, no diga usted esas cosas! ¿Cómo ha de dar al Oriente cuando es todo lo contrario?

—Perdone usted, señor marqués; asomándose uno á los balcones ve el teatro Real, y aquel edificio, como todo el mundo sabe, está situado en la mismísima plaza del Oriente.

—¡Eso sí!

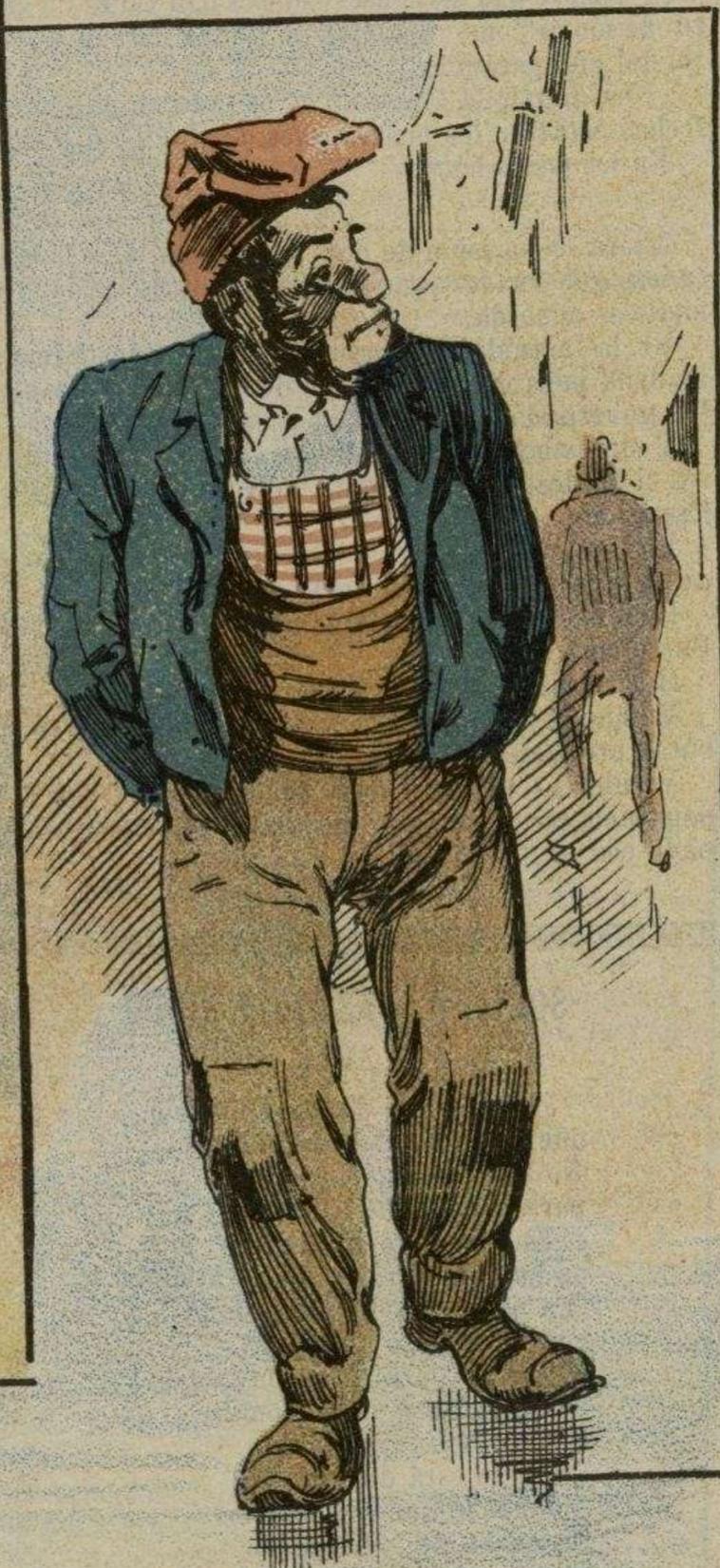
—Me ha convencido, señora; yo había oído decir que la plaza de toros era el Oriente de Madrid, y por eso fué el interrumpirle. Ahora, una vez que estamos conformes sobre la situación que ocupa el teatro, bueno será que le demos nombre.

No ignoran ustedes que hoy día es el teatro en

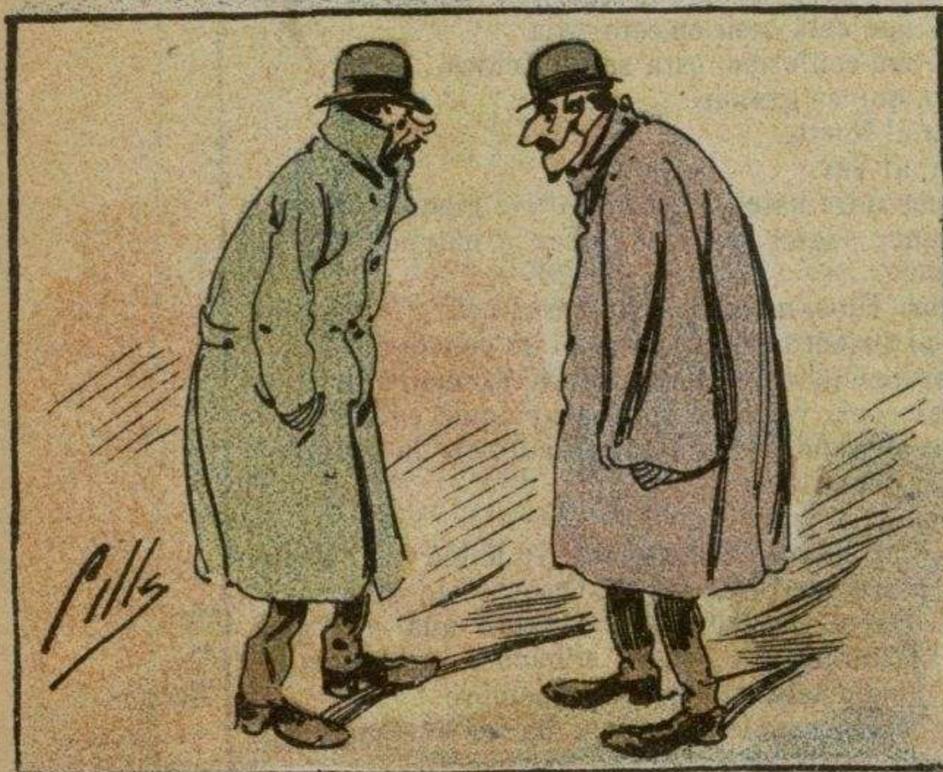
MESA REVUELTA



—Hágame usted el favor de oirme dos palabras, solo dos palabras.
 —¿El duo de los paraguas? ¡Lucas Gomez!



—¡Y cómo había yo de plantar *monjetas* por todas esas Ramblas y por todas esas Plazas!



—Pues sí, á todo el que vaya contra el Gobierno, tiritó
 —¡Ay! ¡Yo también tiritó, compañero!

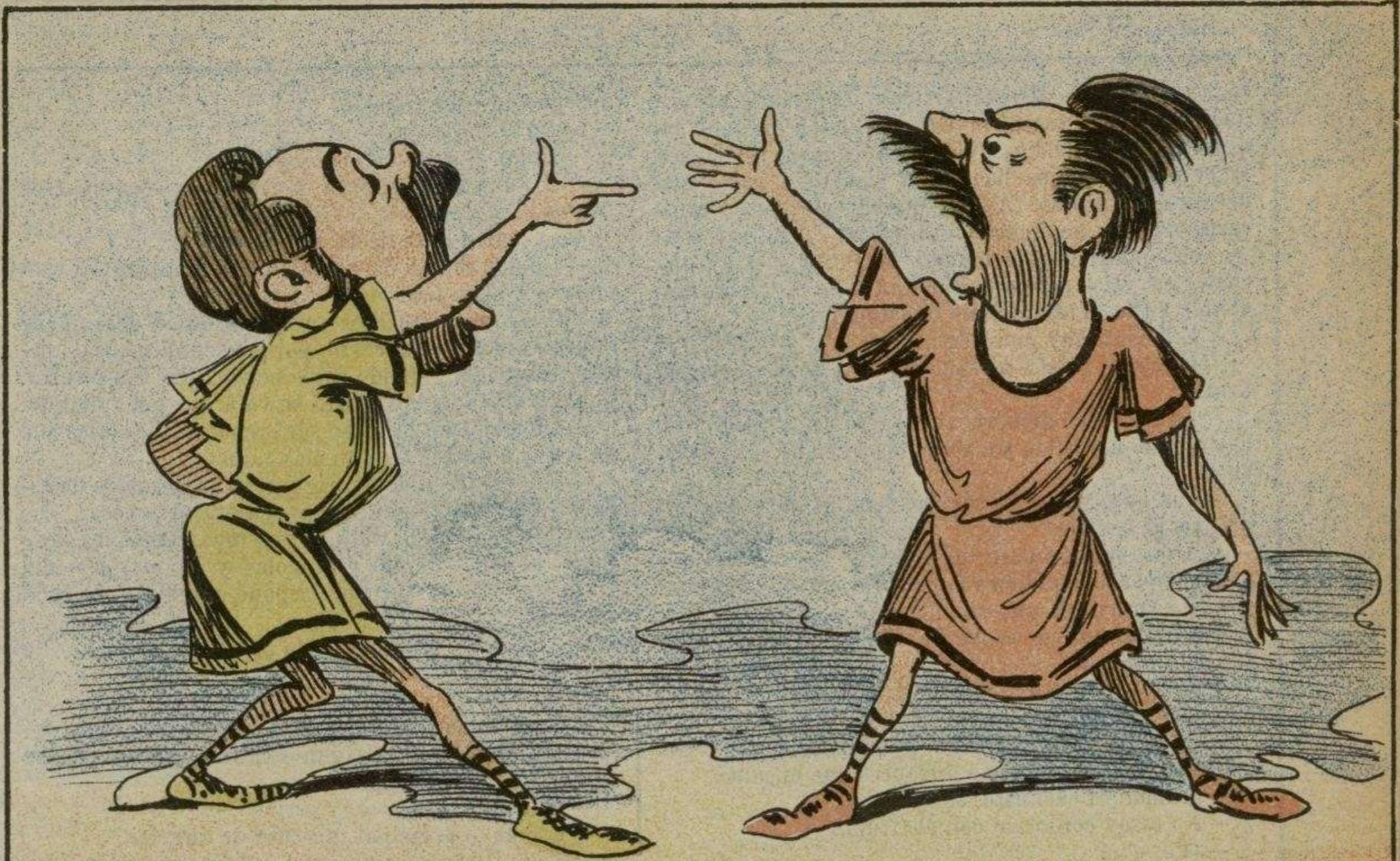


PROFESOR DE SABLE
 Desde una peseta para arriba.

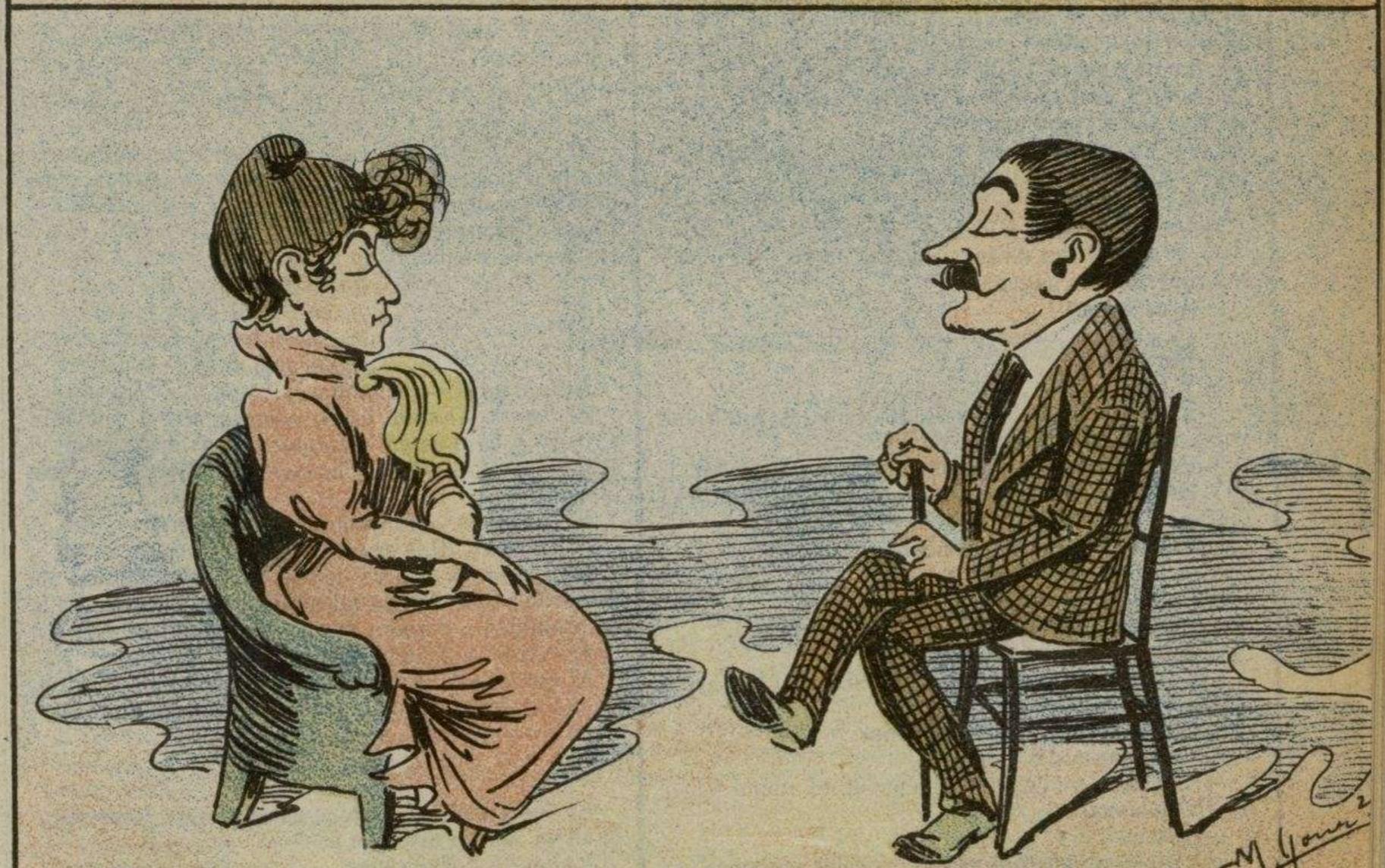


El novio de Rosalia que, al sorprenderla en desliz, hale dado en la nariz olor de barraganía.

CONSEJOS



Si vas para trágico, chilla hasta que te oigan los sordos



Si vas para comediante, habla entre dientes, de modo que no te oiga el cuello de la camisa.

toda casa *comme il faut*, artículo de primera necesidad, y que sin teatro no hay diversión posible: mi esposa hace comedias, mis hijas cantan, yo mismo trabajo, los amigos hacen dos cuartos y hasta una peseta de lo mismo. Así es, que después de hacerme cargo de esto, he dicho á mi familia: «Tendreis teatro, obsequiaremos al mundo elegante con alguna comedita, y los periódicos hablarán de nosotros, rindiendo culto al talento que deberéis tener.»

—Eso está muy puesto en razón.

—Es claro; ¿quién no tiene hoy día un teatro en su casa?

—Lo he dicho siempre: sin teatro y sin *buffet* no hay reunión posible ya. Cada época tiene sus caprichos.

—Con que vamos al asunto: ¿qué nombre le pondremos al teatro?

—A mí me agradan los nombres de los poetas... por ejemplo se le pudiera llamar *Teatro de Quevedo*.

—Ya ha habido uno en el barrio de Pozas.

—¿Y por qué no se ha de llamar *Teatro de la bella reunión*?

—Es verdad, y así se alude á la belleza de las que concurren á esta casa.

—Sí, señor, sí; por otra parte, eso de la *bella reunión* tiene un olorcito á francés que encanta.

—¡Toma! ¡Si casi está en francés!

—No estoy conforme con el título.

—¿Por qué?

—En primer lugar por ese olorcillo á francés que á ustedes encanta y á mí me apesta; en segundo lugar, porque, según mi leal saber y entender, todo teatro como éste debe llevar única y exclusivamente el nombre de la dueña de la casa. Quédense como titulillos de nombres de poetas ó de frases con el Recreo, la Aurora, la Bella reunión, para los aficionados pobres: entre nosotros debe ser otra cosa, según mi leal saber y entender.

—Tiene usted razón, y este teatro llevará desde hoy el nombre de la dueña.

—Es decir que...

—Que se llamará *Teatro Antonia*.

—¡Bravo! Y ¿ha de ser comedia, ópera ó zarzuela lo primerito que hagamos?

—¡Una ópera!

—¿Y quién la canta?

—Enriqueta.

—Y Elisa.

—Y el hijo de la baronesa de Puñales, que tiene voz y monta muy bien á caballo.

—Pero una ópera se tarda mucho en aprender.

—Eso sí, y lo que nos interesa es abrir pronto el teatro.

—Pues entonces una comedia.

—¿Y cuál?

—Una que sea alegre.

—Los *perros del monte de San Bernardo*.

—Calle usted, eso no.

—Entonces el *Otello* en italiano... Yo imitaré á Rossi.

—¿Y quién hará de Desdémona?

—La duquesa del Conflicto.

—Haciendo yo de Otello no puede mi mujer hacer de Desdémona.

—¿Por qué?

—Porque me poseo tanto de los celos que sería capaz de darla un trastazo.

—Vale más, señores, que dejemos la ópera y la comedia, y elijamos una zarzuelita que á nadie comprometa.

—Dices bien, sea una zarzuela.

—Y, si es posible, que sea sencilla, para que se

aprenda en poco tiempo.

—*La Tempestad*.

—Mejor es *Jugar con fuego*.

—Ni una ni otra; para *debut* basta con el *Don Simón*.

—¿Y quién hace de D. Simón?

—De don Simón hace cualquiera; la dificultad está en saber quién hará de Teodorita.

—No, lo más difícil es encontrar quien desempeñe los dos gallegos del cesto; porque según mi leal saber y entender, siendo estos personajes tan brutos, aquel á quien se le reparta se va á dar por aludido.

—Lo mejor en tal caso será repartírselos á los que de entre nosotros tengan más talento.

—Eso es difícil de averiguar; si hubiéramos de escoger á los que tienen menos, ya era otra cosa.

—Para que no haya disputas, repártanse los gallegos al conde de los Caracoles y al marqués del Garbanzo. Su ilustración los pone á cubierto de toda sospecha.

—Alto, alto, señores: ¿en la zarzuela *Don Simón* hay coro?

—No.

—Pues no se puede hacer; á todo trance se necesita una obra en que salgan á cantar todas las niñas bonitas de mi reunión.

—C a r o.

—Eso es lo principal, un coro de ángeles

—Todo tiene remedio; en *Don Simón* salen tres mujeres mientras cantan dentro la barcarola; pues que salga entonces todo el coro de señoritas vestidas de manolas figurando criadas de don Procopio, y siempre que tenga que salir la criada salen las demás, conciliándose así todos los extremos.

II.

El marqués (vestido de gallego).—Creo que la obra sale bien.

El conde de los Caracoles (vestido de gallego y con la tranca al hombro).—Mire usted, con tal que nosotros podamos con este cesto, no hay cuidado, la función será que ni en el Olimpo.

(*Varias señoritas en la escena*)

Es una serenata,

¿quién podrá ser?

Es una serenata.

¿quién podrá ser?

El marqués.—¿Aplauden?

El conde.—Están locos, asómese usted por este agujero y mire usted qué cara de embobado tiene el señor Urquijo... ¿Pues y la mamá de Elisa? Se le cae la baba.

El marqués.—(Mirando por el agujero).—¡Oh!

El conde.—¿Qué es eso?

El marqués.—Mire usted el barbilampiño de Eduardo hablando con mi mujer en la butaca... Se lo he prohibido... y ahora voy á escarmentarlo.

El conde.—¿Dónde va usted con este traje?

El marqués.—Es verdad, aguántémonos por obsequio al arte. No vuelvo á hacer de gallego.

El coro de señoritas:

Es una serenata,

¿quién podrá ser?

El marqués.—Y dígame usted, conde, ¿esas señoritas no cantan más que eso?

El conde.—Nada más.

El marqués.—Pues están lucidas con tanta barcarola.

El conde.—El caso no es cantar, sinó que salgan á que las vean.

El marqués.—Pues en las butacas las verían también.

El conde.—Pero no juntas ni vestidas... ¿ve usted qué divinas están?

El coro de señoritas:

*Es una serenata,
¿quién podrá ser?*

(Salen á la escena el marqués y el conde con el cesto á cuestas. (Música)

*Aquí le traemos,
un cesto muy majo, etc.,*

(Continúa la representación).

El público (al final).—¡Sublime! ¡Bravísimo! Vamos al *buffet*, que ya es hora.

III.

La Correspondencia: «Anoche tuvo lugar la primera función lírico-dramática en el lindo teatrillo Antonia. Los encargados de interpretar la obra son artistas consumados. ¡Qué talento, qué gracia, qué voces tan escojidas! El dueño de la casa estuvo inimitable en su papel. Las señoritas que cantaron el coro nos trasladaron con la imaginación á las encantadas regiones del Olimpo. ¡Nunca se ha visto reunida tanta gracia, hermosura, riqueza, talento, juventud, y piés chiquitos!»

IV.

Cien años después. «Allá por el año 18..... estuvo el arte dramático tan en decadencia, que varios particulares huían de los teatros y daban en sus casas funciones á las que convidaban á sus amigos, los cuales no titubearon en creer que representar comedias era lo mismo que fumar un cigarro.»

L. R.

EL CONGRESO DE LAS FLORES

De Mayo un día esplendente
y del aura al dulce beso,
se abrió un florido congreso
en que el clavel, presidente,
en breve peroración
que animó á las otras flores,
les ofreció los honores
de una noble discusión.

Habló risueño y ufano
de dar el tema en la yema
por ser importante el tema
y aun más que florido, humano.

«¿Qué es lo que, por su valor,
glorias más puras resume?
¿Es el color ó el perfume?
¿El perfume ó el color?»

Si la discusión no es nueva,
¿quién no ve muy claramente
que afecta profundamente
á todas las hijas de Eva?..

¿La esencia ó el colorido?
¿la bella forma ó el fondo?
¿la verdad de lo más hondo
ó la ilusión del sentido?..

Entre impresiones opuestas
en cuanto el tema escucharon,
de miedo y rubor temblaron
todas las flores modestas.

Y aunque el suspiro del viento
sus suaves pétalos abra,
no pedirán la palabra
en el crítico momento

en que la dalia orgullosa
y la hortensia presumida,
aquella en su tallo erguida
y ésta encumbrada y ojosa,

con sofismas por recurso
y con retóricas flores
abogan por los colores
en atrevidos discursos.

Hasta la simple amapola
aplaude *pro domo sua*;

y si el jazmín acentúa
una protestilla sola,

es tan viva la insolencia
de las flores repintadas,
que al orden se ven llamadas
al fin por la presidencia.

— ¡Calle el jazminillo anémico!
grita un botón encendido,
entre hojarasca metido
como en sitial de académico.

— ¡Que hable la muda violeta!—
dice un Narciso adorado!..

— ¡La azucenilla que ha dado
en sentir á lo poeta!..

Cállense las aludidas
con el rubor en la frente;
orden pide el presidente
á las flores atrevidas;

y en servirle las primeras,
agítanse acompasadas
las campanillas colgadas
de verdes enredaderas.

Y, ya en silencio y reposo,
dijo el clavel resumiendo:

«En vivo color me enciendo,
» mi talle es gentil y airoso;
» pero del cielo aprendí,
» que lo que vale en conciencia,
» es la perfumada esencia
» que siento dentro de mí.»

Y sus frases confirmadas
vió por la abeja industriosa,
que el caliz besó afanosa
de las flores perfumadas.

Y con los justos favores
de aquel casto y dulce beso,
cerrado quedó el congreso
que celebraron las flores.

E. BUSTILLO

LA GORDA

A estas horas están todos los españoles pensando en una sola cosa; en la lotería que se va á jugar de un momento á otro.

Hay que hacer una escepción de los españoles menores de cinco años, que serán unos dos millones.

Tenemos, pues, que catorce millones de seres humanos tienen un solo pensamiento: sacar la gorda.

No se contentan con la segunda ó tercera suerte; ha de ser precisamente la primera, la gorda, la gordísima, la de seiscientos mil duros.

Desde el poderoso banquero hasta la modesta fregatriz, todos juegan á la lotería en este mes.

Y todos piensan lo mismo: ¡Ay, si me tocara á mí! Eso mismo digo yo: ¡Si me tocara á mí!

¿Y qué haría yo, vamos á ver, con la gorda?

Tengo para mí que no me había de causar impresión ver mi número premiado con los seiscientos mil duros. Me parecería tan imposible, que hasta lo tomaría á broma.

¡Pero el día que lo cobrase! ¡Ah! ¡El día que lo cobrase me desmayaría! ¡O puede ser que me chiflase como les sucede á algunos!

Supongámonos, ya que no tengo otra cosa que hacer,

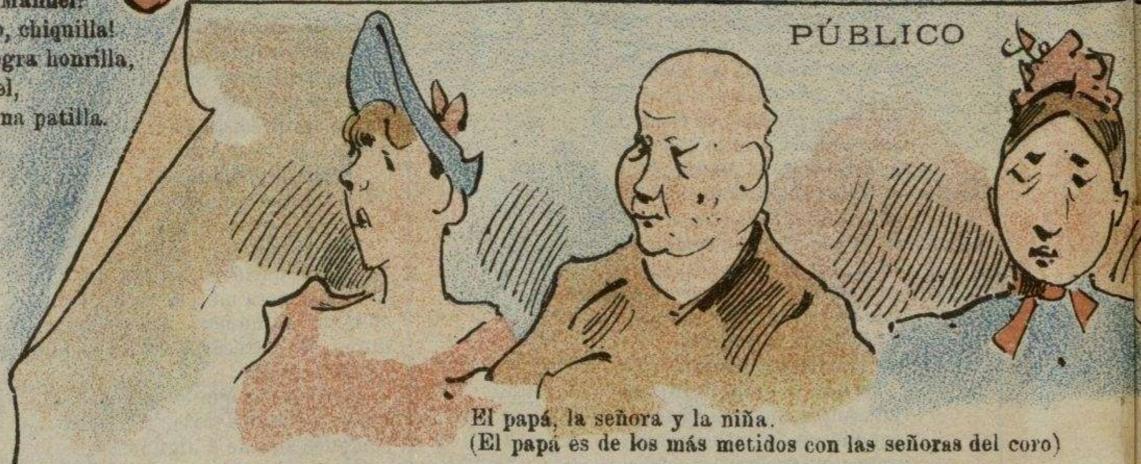
TEATROS



—¿Vas á cenar con Mannel?
—¡Si me ha invitado, chiquilla!
—Si lo haces, por negra honrilla,
á tí te arranco la piel,
y á él le arranco... una patilla.

Ahora se acabará la temporada y me voy á
quedar sin colocación.
—No se apure V. Presamente mamá ne-
cesita una criada...

PÚBLICO



El papá, la señora y la niña.
(El papá es de los más metidos con las señoras del coro)



Madre putativa de una corista bien formada.
Sueldo: cinco reales diarios y las sobras del
puchero.



Sin tener una peseta
conduce dos á cenar.
Problema morrocotude:
¿Cuál de los tres va á pagar.

Epinoz

que he sido yo el mortal afortunado; que deposito el billete en el Banco de España para que me lo cobre, y que este establecimiento de crédito me abre cuenta y me entrega un talonario para que en él escriba y cobre lo que se me antoje.

¿Qué cantidad pediré la primera? Diez mil duros para propinas, regalos, rubios insulares, vulgo, ingleses, socorros y primeros sablazos.

Una vez arregladas estas menudencias, me echaría á reflexionar... ¿Qué hago? ¿Me mudo de piso ó aguanto en el que estoy todo el invierno?

Nada, á mudarse. Busquemos casa. Esta que es magnífica; Ensanche, primer piso. A ver, el tapicero, el mueblista etc., etc... En ocho días quiero estar instalado. También quiero coche, y caballos. A comprarlos. ¡Que se llenen las cuadras; *la gorda* paga!

Ea, ya estoy instalado.

¿Qué hago ahora? A cuidarme. Es preciso higiene mucha higiene.

Hasta ahora abandonaba mi cuerpo por que de él se me daba tres pitos. Hoy cambio de vida. Gimnasia por la mañana; montar á caballo, esgrima... Estoy gordo; es preciso enflaquecer y volverme esbelto y elegante. Ya iré en verano á tomar las aguas de no sé dónde que le dejan á uno como un fideo, segun dicen por ahí.

De lo que hay que cuidar es de la mesa y de la bodega. Esta ha de ser de lo mejor y aquella de lo más bueno.

¿Cocinero? De París. Almorzaré á las once: ocho platos ricos ¡ay qué ricos! precedidos de ostras ó almejas, regadas con escelentes vinos...

Y convidados, muchos convidados. El mejor café, los mejores puros, los licores superiores... de todo habrá.

Abono en todos los teatros. El mejor sastre. Un *yacht!*...

Sobre todo, nada de escribir... ni á la familia, como ya he dicho en otra ocasión, que escriban los diablos del infierno...

Nada de lectura... ¿Para qué?... No necesito saber nada de política, ni de literatura, ni de ciencias y artes. Solo debo pensar en la regalada vida material; en el respeto de los demás; en la consideración que da la humanidad al que tiene dinero.

—¡Ese es el de *la gorda!*— dirán al verme pasar á caballo, ó en coche, ó montado en un lacayo si me da la gana.

A pesar de mi figura, creo que llegaré á hacer conquistas. Nadie sabe lo que es el ser millonario, dos veces millonario, doce veces millonario.

Así pasaré el invierno. En la primavera, á viajar. Dos secretarios y tres criados para que me cuiden, para que yo no tenga que hacer nada.

Visitaré París, Londres, Berlin, Viena, y luego recorreré toda Italia.

En verano, á las costas de Cantabria ó á las de Bretaña, que son más *chic*. Despues, vuelta á París.

En esta población me decidiré á vivir; hay muchas comodidades y novedades. Nada, levanto la casa de Barcelona y me afranceso.

¡Qué invierno voy á pasar entre bailes, teatros, restaurants y otras diversiones!

Tambien gastaré cincuenta ó sesenta mil duros en una casa de campo para pasar un par de meses. Procuraré comprarla cerca de un rio para poder pescar, y no lejana de montes donde haya caza. En ella iré á reposar de la agitada vida de la ciudad.

¡Qué vida me espera, qué vida!...

Lo esencial es no caer enfermo... ¡Estas malditas pulmonías las pillan tan pronto los ricos!...

Todo esto haría yo si tuviese un billete de la lotería de Navidad y me tocase el premio mayor.

Pero ¡oh, fatalidad! no tengo billete ni cosa que se le parezca, y todo esto es cháchara pura para llenar unas cuantas cuartillas de LA SAETA.

¡Maldita tinta, maldito papel y maldita pluma!

Por salir de todo esto quisiera que me tocase *la gorda*.

¡Qué lotería para ustedes!

DANIEL ORTIZ.

CASI EPITALAMIO

Hoy se ha casado
Pepito Andana
con una viuda,
bastante guapa,
El hace un año
que la adoraba,
y aunque ella esquiva
mostróse ingrata,
esos desdenes
fueron al alma
como acicates
de la esperanza.

La viuda es rica;
tiene dos casas
que la producen
renta sobrada
para que Pepe
viva á sus anchas;
y hasta se dice
que tiene plata
en una antigua
casa de banca.

No es que Pepito
tenga la tacha
de interesado.
¡Jesús me valga!
pero algo influye
la circunstancia
de los millones
de su adorada
para que terco
la cortejara,
y al fin y al cabo
por su constancia
calme sus cuitas
al pié del ara
la ceremonia
de esta mañana.

Bien sabe Pepe
lo que le aguarda
cuando del fuego
cese la llama,
y cuando al cabo
de dos semanas
queden las cosas
conforme estaban.

Por una parte:
—¡Pepe, que gastas
más de lo justo
con tus bobadas!
¡Que ese caballo
no te hace falta!
¡Que aquí no hay orden!
¡que no trabajas!
¡Que no has traído
ni ropa blanca!
¡Que es mío todo

lo que hay en casa!—

Por otra parte:
—¿Ya no me amas?
¡Ah! falso, impío,
¡cómo me engañas!
¡Cuán diferente
según las trazas
era mi Pablo
que en paz descansa!
¡Siempre mimoso!
¡Nunca con bascas!
Mis intenciones
adivinaba,
y... ¡le quería
con toda el alma!
¡Tú, en cambio, me haces
muy desgraciada!...

Pero Pepito
no se acobarda
por que ha resuelto
tomarlo á guasa.
Y si un amigo
(que nunca faltan)
de esos que acuden
con muchas ganas
á dar consejos
que no demandan,
le dice:— ¡Chico!
¿con que te casas?
¡y con la viuda!
¡Por Dios, no lo hagas!—
Pepe contesta
con mucha calma:
—Ya sé los riesgos
que me amenazan,
¡pero por algo
me llamo Andana!

SINESIO DELGADO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR (1)

Sr. D. Eduardo Blasco.

Muy señor mío: tomo la pluma en la mano (observación casi indispensable en estos tiempos en que se acostumbra á tomarla *en* los pies) para preguntarle, sin mala intención, el porqué, siendo como es V. hombre de gusto, permite que se estampen en «Barcelona cómica» cuantas tonterías se les ocurren á esos niños que quieren, á codazos y empujones, *hacerse un sitio* en la literatura.

V. sabe tan bien, ó mejor que yo, lo que son necesidades y lo que no lo son, ¿por qué, pues, consiente V. que se publiquen en su semanario artículos como el titulado «Dos palabras á guisa de palos»?

Empieza el tal artículo del siguiente modo:

«Pues señor; está visto que en cuanto nuevo la pluma se me vienen encima todos los cóngrios y percebes que existen en estos mares literarios.»

«Desde *Clarín* á Corzuelo, desde «El Pimiento» á la «Semana Cómica», no tengo quien me deje en paz y en sosiego.»

Con franqueza, don Eduardo, ¿V. cree que *Clarín* es un percebe literario?

V. cree, como yo, que el que diga tal cosa del insigne crítico, digno sucesor de Larra, está á dos dedos de la camisa de fuerza.

(1) Por llegar tarde á nuestro poder, no se publicó este artículo en el número pasado.

Sigamos leyendo:

«Los santones, esos dioses de nuestra literatura, se muestran indiferentes ante la abundancia de *literatillos* insignificantes que pululan por ahí, y no se atreven á descargar sus iras sobre ellos para hacerlos desaparecer.»

Convendrá V. conmigo, señor director de «Barcelona Cómica» en que ni los santones son dioses de nuestra literatura, ni de ninguna, sino santones, y en que no hay dios ni santón capaz de entender el párrafo transcrito. ¡Y su autor llama percebes á *Clarín* y á Corzuelo! ¡Vaya V. con Dios, señor ballenato!

Sigue el ballenato:

«También se ríe, no de mí, de un cajista» (Ya se sabe, el cajista es el que paga siempre los platos rotos) «que en vez de poner *se remonta* á puso *se encuentra* á.»

«El cajista no tiene la culpa de haberse equivocado y por lo tanto, es disculpable; pero el que recoge el error para sacar partido (que no saca), si no es tonto de solemnidad, merece que se lo llamen.»

¿Qué le parece á V., señor Blasco?; el cajista no tiene la culpa, *por lo tanto* es disculpable. Eso es lógico. ¡Mire V. que no saber todavía que para que una persona sea disculpable, es preciso que tenga culpa!... del mismo modo que para que una cantidad sea desembolsable ha de estar embolsada, y que para que una cosa sea desembrollable ha de estar embrollada.

¿Pues y eso de que si no es tonto de solemnidad, merece que se lo llamen? ¡Vaya una justicia!

Nadie se merece que le llamen lo que no es. Ejemplo: El autor responsable ante Dios y ante los hombres de las sandeces que voy apuntando, no merece (¡qué ha de merecer!, ni es este el camino) que le llamen, no escritor, ni periodista, ni siquiera gacetillero, que es lo peor de lo más malo.

Fijese V., señor Blasco, en la afirmación que unas líneas más abajo, hace el autor de «Dos palabras á guisa de» etc.:

«Para presumir de maestro, señora «Semana Cómica», es necesario, en primer lugar, haber salido de discípulo.»

Lo cual es una gran mentira, pues todos sabemos (ó casi todos; aún hay quien no está enterado) que, como decía D. Hermógenes, todo es relativo en este mundo; que puede uno ser maestro con respecto á una persona y discípulo con respecto á otra: San Juan, discípulo de Jesús, fué maestro de mucha gente; Van-Diek, discípulo de Rubens, podía dar lecciones de pintura al más pintado; y yo discípulo de todo el que escriba bien, podría enseñar mi poquito de gramática al que, como el *escritor* del cual me ocupo, pasa muy seriamente de un párrafo á otro, diciendo «Ahora bien», que es tan chavacano y pedestre como el decir «pues», y «¿V. me entiende?»

¿Se ha fijado V., don Eduardo, en la lista de cosas que el articulista de autos *presenta* para que se entere Matoses en particular, y, de paso, el público en general? Es esta:

«1.º Que soy incapaz de cometer esa clase de venganzas; él podrá serlo (¿qué? ¿incapaz también?) cuando en su imaginación han encontrado albergue tan raquílicas ideas.»

Este es aquel sistema tan primitivo de contestar á los ataques: Un muchacho le dice á otro. «Eres un animal,» y éste en vez de probarle que es una persona, justifica la afirmación de aquél contestándole: «El animal lo serás tú.»

«2.º Que es evidente», etc.

«3.º Que no hay ningún escritor á quien por envidia haya yo pegado literariamente, como él pegó á Dicenta.»

ENTRE ARISTÓCRATAS



—Yo me visto de castor porque abriga, á la verdad.
—Yo, conde, de zorra azul, que siempre calienta más.

MISCELÁNEA



Pláceme historias pasadas,
en donde, sin cucamonas,
se ensartaban las personas
como si fuesen becasas.

—A pié estaré hecho una facha;
pero lo que es á caballo.....



—¡A mí que no me saquen de la Bolsa!

¡O arráncame el corazón
ó ¡mame, porque te adoro!

Lo creo: ¿Cómo ha de morder la sanguijuela, si no tiene dientes?

«4.º Que yo no he llamado *barracón* á ningun teatro en venganza de que la empresa había negado billetes.»

Yo tampoco y no lo voy publicando.

«5.º Que tanto en materias literarias como de caballerosidad nadie tiene qué decir de mí lo más mínimo.»

Nos alegramos mucho. Cualquiera día nos va á hacer saber este hombre cómo está de ropa blanca.

«6.º Que como periodista jamás he hecho rectificación alguna.»

Si, vamos, que á sus buenas cualidades, une la de ser muy cabezota.

El autor de todos estos disparates es D. C. José de Arpe. Del cual no se puede decir seguramente, con música y letra del *Poliuto*: «Al suon de l'arpa angélica»... porque es un arpa que suena bastante mal.

Desde luego, señor Director de «Barcelona Cómica»; el que dirige un periódico no es responsable de lo que inserta, pero tiene su tanto de culpa en los delitos literarios que en el periódico se cometan.

Nada más lejos de mi ánimo que la intención de molestarle á V. en lo más mínimo.

Es V. de entre los escritores cómicos de Barcelona, acaso el que leo con más gusto. Y por el bien que le quiero, voy á permitirle darle un consejo:

Menos condescendencia en la aceptación de originales. No tema V. encontrarse cualquier día sin material que mandar á la imprenta. No llegará este caso, gracias á la fecundidad que distingue á la joven generación literaria; pero si llegaba, llene V. los huecos de su semanario publicando en forma de folletín algun compendio de gramática castellana; nos es bastante más necesaria que artículos como el de don C. José de Arpe.

Ofrezco á V. el testimonio de mi aprecio y b. s. m.

JOSÉ DANUEZA. REDOMA.

P. S. Firmada ya esta carta, paso los ojos por otro artículo publicado en el último número de «Barcelona Cómica» y titulado «El Beso.»

En él su autor dice «el Fausto y Margarita» en vez de «Fausto y Margarita»; Gethe en vez de Goethe, sublimar, en vez de sublimizar; pasional por apasionado; y tiene párrafos brillantes y claros como el siguiente:

«Mientras el ojo es el centro mímico del pensamiento y su indeterminación se diluye en los limbos incoherentes de la ilusión, la boca» etc.

El artículo lleva esta nota: «Del libro, próximo á aparecer, titulado *Estudios críticos*.»

Sr. Blasco, si conoce Vd. al autor de «El Beso», tenga Vd. la bondad, en bien de todos, de disuadirle del propósito de publicar su libro en breve; que espere un poco. Recuérdale que resuenan aun en nuestros oídos los ayes de los heridos en los últimos descarrilamientos; que no están todavía secas las lágrimas que hemos derramado por los inundados de Almería... Que nos tenga compasión.

Que conserve inéditas sus cuartillas, y eche mano de ellas en sus necesidades.

Vale: J. D. R.

DECLARACION AMOROSA (Y CURSI)

Señorita: tiempo ha que siento amor por usted, lo cual se explica porque usted es guapa de «verd.» á

Yo soy un chico simpático que, aunque no tengo carrera, chiflo al instante á cualquiera con mi tipo aristocrático.

Mi tío, el que está en la Habana, y que además, es soltero, puede hacerme su heredero en cuanto le dé la gana.

Y un primo de mi papá, que es comerciante en Valencia, si muere, toda la herencia á sus hijos dejará.

Estos pueden fallecer, ¡ojalá no sucediera! y entonces, tal vez pudiera yo heredero suyo ser.

Por consiguiente se vé, pues resulta demostrado, que me encuentro encaminado á ser rico... ¡y lo seré!

Mi figura es elegante y yo soy muy instruido. ¡Cómo que tengo leído El gran Tacaño... del Dante!...

Comprenda Vd., señorita, por tan breve relación, que soy una proporción buena, barata... y bonita...

Así, pues, sin dilaciones, señorita, á Vd. suplico que no haga sufrir á un chico que le pide relaciones.

Nada diga á su papá, que tiene el caracter malo, y si lo sabe, de un palo el alma me romperá.

Espero contestación á mis palabras. Siempre es su admirador, y sus pies

besa

RICARDO MELÓN.

Por la copia, ALVARO HELGUERA.

LA NOTA TRISTE

(A mi más querido amigo Antonio Monclús)

I.

Todas las noches, al concluir «la última de Esclava» Luis el *violin*, bajaba corriendo la escalera que conduce al escenario; allí le esperaba Pilar, la coristilla más guapa, según él, y juntos emprendían el camino que media entre el Pasadizo de San Ginés y la calle de la Cabeza; allí dejaba Luis á Pilar, y con el cuello del raído gabán subido hasta los ojos y las manos en los bolsillos, cruzaba todo Madrid, hasta llegar á las últimas casas del barrio de Chamberí, donde él vivía.

¡Qué ganas tengo—decía Luis á Pilar—qué ganas tengo de que me estrenen la obra! ¡Ya verás qué música he puesto! ¡Como guste, los autores me entregarán la mar de libretos y yo cobraré unos trimestres morrocotudos!

Te sacaré del teatro nos casaremos y... ¡qué felices vamos á ser!...

II.

—¿Pero qué te sucede, hombre? ¿Porqué tienes ese gesto de vinagre?

—¡Porque te quiero mucho, Pilar; y si me engañas...

—¿Pero, qué motivos tienes para dudar de mí?

—¡Esos pendientes de brillantes cuya procedencia no me sabes ó no me puedes justificar!

—¡Tonto! ¿No te digo que me los han prestado solo por esta noche?

—¿Me lo juras?

—Sí, hombre; sí.

Los labios de Pilar y Luis se unieron; y quedó firmada la paz con un beso.

Luis se separó precipitadamente; temía que los sentidos tomasen parte en aquel amor que él quería conservar puro, hasta que pudiera unirse con Pilar en el santo lazo del matrimonio, *que para algunos es nudo corredizo.*

III.

Pilar no pareció más por el teatro.

Luis corrió á su casa temeroso de que estuviera enferma, pero ya no vivía allí—la portera se lo dijo.

Pasaron días y días, y Luis no sabía de Pilar; por fin, una noche, sus amigos de la orquesta, le llamaron la atención: en un palco estaba Pilar, acompañada de un viejo, en cuya cara se leía claramente *«dinero, vicio, crápula.»*

En aquel momento la primera tiple *berreaba*, mejor que cantaba, uno de esos tangos voluptuosos que hacen la delicia de nuestro público.

Dos lágrimas arrancadas á Luis, no se sabe si por el amor ó por el despecho cayeron en su violin y fueron rebotando de cuerda en cuerda; al ser herida una de éstas por el arco arrancó una nota disonante, inarmoniosa, triste... y las lágrimas que antes brotaron de los ojos de Luis, salpicaron su cara como diciendo: ¡Tonto! ¡No merece esa mujer que tú la llores!...

ALBERTO DE OJEDA.

MISCELANEA

Desde el próximo número daremos cuenta á nuestros lectores de los estrenos que se verifican en Barcelona, siguiendo el deseo que nos han manifestado algunos de nuestros favorecedores.

Dos marineros catalanes hicieron voto, si se salvaban, durante un naufragio, de ir á pie en peregrinación á Monserrat desde Barcelona, y para mayor penitencia llevar los zapatos llenos de garbanzos.

Se salvaron, efectivamente, y el uno salió de la ciudad, se llenó de garbanzos el calzado y no pudo llegar más que á la mitad del camino, pues los pies se le pusieron en carne viva.

En cambio el otro llegó tan guapamente hasta Monserrat y después se volvió á Barcelona.

Pero hay que advertir que éste puso en los zapatos garbanzos.... cocidos.

En una fonda de la Boquería.

—¿Cuánto cuesta una ración de *mandonguillas*?

—Veinte centimos.

—¿Y la salsa?

—La salsa no cuesta nada.

—Entonces deme V. una ración de salsa, que el pan ya me lo traigo yo.

Cuento

Cierta noche que sin tino,
Yo por las calles vagaba,
Al pasar por un casino,
Noté que el Juzgado entraba.

Fui curioso, me paré
A ver por qué el Juez venía,
Y voy á exponer lo que
De público se decía.

Que un joven había entrado,
Y después de haber subido,
En el juego había perdido,
Y se había suicidado.

Yo no sé si pasaría
Lo dicho, pero es lo cierto,
Qué allí el juzgado venía
Para *levantar un muerto.*

JOSÉ M.^a SOLIS Y MONTORO

En una revista taurina, por el estilo de las que se publican en Barcelona, se leía:

«Lagartijo despachó dos toros de una estocada que le dió el presidente con gran contentamiento del público.»

Un sacerdote protestante predicaba en su parroquia un domingo después del oficio, y según costumbre en Inglaterra, leía á sus feligreses algún párrafo de la Biblia.

Estaba explicando la situación de nuestro Padre universal en el Paraíso y decía: «Entonces el Señor dió á Adán una compañera.....»

Vuelve la hoja y continúa: «Que estaba barnizada de alquitrán por dentro y por fuera, y que contenía animales de toda especie.»

El bueno del padre había pasado dos hojas y se había marchado al arca de Noé.



L. M.—Las dos composiciones no me acaban de gustar porque la una es muy forzada y la otra está basada en cuatro versos de Bartrina. Sin embargo, envíeme V. algo más, que creo que podrá ir sin reparo.

Mala sombra (Madrid).—Ira.

M. A.—Iran más adelante algunos. Procure hacer algo en broma. De lo que me dice hablaré al administrador, aunque creo que hay algún número agotado.

Almeriense.—Verdecillo, y es tástico. No he recibido lo que me dice.

J. B. D.—No sirve.

A. N.—Lo pondré.

F. J.—Los epigramas que V. envía tienen el defecto de pertenecer á otros autores, lo que quiere decir que tiene V. excelentes disposiciones para el merodeo.

Saetilla.—Están poco cuidadas. Respecto al número que dice repararé la colección así que tenga tiempo.

Relieves.—Es fácil; pero dice po. o.

Cucufate.—Irá algo.

Puga.—Esta vez no sirve.

L. Ch.—No dan tampoco.

Silis.—No sirve.

A. P.—¡Peró, señora!...

FILOSOFÍAS



— Allí viene mi mujer
y trás ella uno de capa...
¿Si tendrá con él que ver?
¡Cállémonos! ¡Tapa! ¡tapa!

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 49 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo